

OLGA OROZCO: HACIA EL VERSO PRIMORDIAL

Alguna vez Olga Orozco sostuvo que lo que decidió definitivamente su vocación fue la conciencia exacerbada de sus limitaciones, de sus carencias. Despierta desde su infancia a lo maravilloso, a lo extraordinario, por el miedo y el asombro —por lo *fascinans* y *tremendum* de toda experiencia sagrada— le fue revelada en la nostalgia “una Edad de Oro olvidada, en la que sabíamos todo, en la que habitábamos un lugar que no era, como el mundo, un efímero relámpago de lo invisible en la materia, y si era tal, no establecía límites, de modo que cada uno éramos como una parte de un solo organismo que tenía un Yo central: el de Dios”. No es extraño, entonces, que a partir de esa mínima pero decisiva declaración programática su obra (que se inicia en 1946 con *Desde lejos* hasta llegar a *Mutaciones de la realidad*, publicado en 1979) anhele “restituir esa comunicación, esa intimidad, esa sabiduría perdida”, y que, a la vez, allí ocupe un lugar muy principal la infancia, “ese jardín donde comienzan las raíces de la muerte”, ese “refugio” y esa “intemperie” en que germinan “antiguas voces que crecen como hiedra desde el sueño”. De ahí que la propia poeta haya advertido, en más de una ocasión, sus afinidades con los románticos, es decir, con “los exploradores de la noche del sueño, de las sensaciones oscuras, del misterio, de una realidad que no termina en lo sensorial o en lo visible”. Y también, y en consecuencia, algunas características en común con el surrealismo: “predominio de la imaginación, búsquedas subconscientes, fluir de las imágenes, inmersión en lo onírico”. Aun cuando lo que podría llamarse el núcleo teórico de esa poesía no alcanza a formularse de manera nítida y rigurosa —y ese es un rasgo que comparte casi toda la poesía latinoamericana de esta estirpe—, la hermosura de sus imágenes, sus atmósferas, sus ritmos y sus metáforas son lo suficientemente elocuentes como para paliar lo que a primera vista podría entenderse como una carencia. En todo caso, y como lo demuestra lo que va a leerse a continuación, Olga Orozco sabe, en el mano a mano de la conversación, recorrer con soltura, y con agudeza, el horizonte de su propia obra.

—El dominio de la infancia es fundamental en tu obra. No es que te remitas a ella como algo ya perdido para siempre sino que, de manera más decisiva, escribes desde ella.

—A lo largo de toda la vida, la infancia es como una semilla tatuada que va marcando cada uno de los ramajes que crecen más tarde. Es casi inevitable; entonces, que la llevemos en un estado latente y que signe todas nuestras experiencias. Dicho lo anterior, y contestando a tu pregunta, es claro que para mí la infancia no es nunca un pasado sino un presente activo que impone su impronta a todo cuanto vivo. Por lo demás, es una infancia que crece conmigo ya que si se hubiera estancado, o petrificado, se habría convertido en algo pueril y primario, sin ecos ni resonancias. Pero lo que me importa destacar, en este contexto, es que yo siento que nada totalmente nuevo se ha producido en mi vida cuyo germen no estuviera ya en la infancia. Quizá somos una prolongación de esa infancia —y lo somos a lo largo de toda nuestra vida.

—En uno de tus poemas dices que esa infancia es “un refugio y una intemperie”.

—Es una intemperie porque en ella te acosan todos los lobos, los miedos y los temblores, además de lo extraño y lo impenetrable, y a medida que vivimos eso se convierte en un refugio porque aquella experiencia primera fue tu conocimiento de las cosas, tu manera de aprehender el mundo y a la vez de buscar tus propias defensas. Así, la infancia es un estado de asombro permanente frente a todo lo que observo. Y esa actitud determina que cuanto observo se me aparezca como si lo descubriera por primera vez y, al mismo tiempo, como si lo viera por última vez.

—¿Por qué?

—Porque me duele que las cosas transcurran y sean fugitivas, y porque desearía que permanecieran. Hay en mi poesía un sentimiento nostálgico del tiempo —pero no se trata, jamás, de una nostalgia pasiva, estéril o parálitica. Es una nostalgia activa: una manera, quizá la única, de revivir. Creo, con Cioran, que una de las tareas del hombre consiste en violentar el tiempo: traer el pasado al presente y éste al porvenir, mezclar una y otra cosa y en ese trámite hacerle una jugarreta al tiempo. Una jugarreta que no sirve demasiado. El tiempo siempre gana.



Olga Orozco



—El polvo, la destrucción, la inutilidad de la lucha desembocan, en tu poesía, en un saldo bastante patético que se inscribe en un paisaje muy desolado y reseco.

—Es cierto, y eso tal vez se debe al paisaje en el que nació: esa llanura en la que cada piedra adquiere un relieve inusitado justamente porque allí todo es uniforme y desértico. Además, y sin pretender ninguna sobrevaloración de lo que hago, creo que mediante esa desolación se puede dar una visión de la eternidad y de lo absoluto. Por otro lado, y ya que hablaste de patetismo, hay que reconocer que la poesía es patética. Escribimos por o a causa de nuestras limitaciones dado que el Yo es único y no puede ser transferido. Escribir es, en este esquema, una forma de violar barreras y de conocer eso que en alguna ocasión llamé “la sustancia del abismo”.

—Hablaste de la inquietud por el transcurso del tiempo y por la fugacidad de las cosas. ¿Qué es lo que te resta del ejercicio poético?

—Lo que queda en mí es el acto creador —y el poema, una vez terminado, no es más que un desecho. Pero, ¿qué es exactamente eso que tú llamas “ejercicio poético”? Es una experiencia que, al menos en mi caso, se configura como si hubiera atravesado un territorio de fuego, y cuyo resultado —el poema— es apenas un pálido mapa de lo que viví. El poeta, si no ilumina, al menos acompaña, y lo hace en los estados que uno cree, o creería, que son menos intrasferibles y más solitarios. Leyendo el poema el lector encuentra que hubo una resonancia o una vibración semejantes a las que alguna vez él experimentó. Pero aquí hay que decir que el reconocimiento del público, por más generoso y amplio que sea, es algo que se da por añadidura. El poeta es —insisto— alguien que acompaña, y cualquier reconocimiento que se le haga es tan sólo la constancia de que se dieron la resonancia y la vibración que mencioné antes. Así, si dije que cuando escribo atravieso un territorio de fuego y que el resultado de esa travesía es un pálido mapa, también digo que el lector convertirá a ese mapa —otra vez— en un territorio de fuego. De ahí que, en el circuito que comprende al creador, a la obra y al lector, lo óptimo sería que éste contemplara la experiencia creadora con todo el brillo con que la vivió su autor. La poesía, se sabe, es algo perverso y malsano. Es un acto insistente y desesperanzado. Como sucede en esa esfera del universo de que hablan Giordano Bruno y Pascal, la poesía también es una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. El centro que está en todas partes es inasible, se traslada de un punto a otro y no obs-

tante seguimos intentando asirlo —aun a sabiendas de que tal cosa jamás sucederá. Y si eso sucede, si alguna vez asimos el centro, entonces se corre el peligro de caer en lo que cayeron los grandes poetas (y que no es, por cierto, mi caso): el silencio de Rimbaud, el balbuceo de Hölderlin, la insanía de Artaud.

—Estás hablando de la locura.

—Sí. El poeta araña la locura porque uno de sus estados es el delirio. Y porque ese delirio provoca el desquiciamiento de las sensaciones y de esa manera el mundo se prolonga en regiones que, para decir lo menos, son peligrosas. Allí lo cotidiano se vuelve extraordinario y lo extraordinario minúsculo.

—Hay un eje central, una línea maestra en tu obra: la búsqueda de Dios.

—Aquí me interesa señalar algo: cada día me convenzo más de que a lo largo del tiempo las obsesiones permanecen idénticas y que lo que importan son las variaciones aportadas por la madurez o por la propia experiencia personal. Ahora bien: como tú dices, hay en mi poesía una búsqueda de Dios, y esa búsqueda se da a través de la unidad con el resto del género humano. Es decir, creo que todos usamos máscaras, que cada uno de nosotros tiene muchas máscaras, y que detrás de ellas está Dios. Mi intento es abolir esas máscaras —aun cuando no sé cómo ni cuándo lo lograré. Lo cierto es que conseguirlo me llevaría a sentirme unida con todo o, mejor, con una sustancia única que no está sólo en los seres humanos sino también en los objetos y en el mundo real que me rodea. Sería una unidad absoluta con el vegetal, con el mineral y con el animal. Más que cristiana, mi poesía es gnóstica. Allí existe la idea de un Dios anterior que, de algún modo, se dispersó y se disgregó en nosotros y que, también de algún modo, llegará a unirse a través de todos nosotros y volverá a constituirse en unidad. Eso lo sostengo en un poema que dice que “es víspera de Dios/ está uniendo en nosotros sus pedazos”. Este tema, al que corresponde aclarar que nunca enfrenté de manera exhaustiva y directa, surge una y otra vez en imágenes y alusiones. Es, como tú apuntaste, una línea maestra en mi poesía, y su consecuencia inmediata es la valorización del amor como una experiencia en la que también se revive la unidad perdida. Al haber sido arrojado del paraíso, el hombre recorre un camino, hacia arriba y hacia abajo, que lo conduce al encuentro de un verbo primordial. ¿Quién es capaz de negar que la poesía es la búsqueda de ese verbo primordial?

D.T.F.

